

donde más prospera es la Mixteca, donde forma el ramo más considerable del comercio.<sup>1</sup> En el siglo XVI, se criaba también en Tlaxcala y en otras partes, donde daba lugar á un tráfico muy activo; pero los perjuicios que ocasionaba á los indios, que son los que siempre han cuidado de su cría, la tiránica avaricia de algunos gobernadores, los obligaron á dejar una tarea que es además molesta y prolija. La cochinilla en su mayor desarrollo tiene el grueso y la figura de una chinche. La hembra es desproporcionada y lenta. La boca, los ojos, los cuernecillos ó antenas, y los piés, se ocultan de tal modo en las arrugas del pellejo, que no se pueden distinguir sin la ayuda del microscopio; y por esto se obstinaron algunos europeos en creer que fuese una semilla, y no ya un verdadero animal, contra el testimonio de los indios que la crían, y de Hernandez que la observó como naturalista. El macho es más raro, y hay uno por trescientas hembras. Es también más pequeño y más delgado que ésta, pero más despierto y activo. En la cabeza tiene dos cuernecillos articulados, y en cada articulación cuatro sedas dispuestas con gran simetría. Los piés son seis, cada uno compuesto de tres partes. En la parte posterior del cuerpo se alzan dos pelos, de doble ó triple longitud que el cuerpo mismo. Tiene dos grandes alas, de que está privada la hembra. Estas alas están sostenidas por dos músculos; el uno exterior que se extiende por toda la circunferencia del ala, y el otro interior y paralelo al primero. El color interno es rojo, pero más oscuro en la hembra, y el externo, rojo blanquecino ó ceniciento. Críase la cochinilla en una especie de nopal ú opuncia, ó higuera de Indias, que se eleva á la altura de cerca de ocho piés, y cuyo fruto es semejante á los higos de tuna de las otras opuncias, pero no se come. Aliméntase de las hojas de aquella planta, chupando el jugo con una trompa que tiene en el pecho, entre los dos primeros pares de piés. Allí adquiere todo su volúmen, y produce una numerosa descendencia. El modo que tienen de multiplicarse estos preciosos insectos, la industria con que los indios los crían, y las precauciones que toman para defenderlos de la lluvia, que les es muy perjudicial, y de los numerosos enemigos que los persiguen, serán explicados cuando hablemos de la agricultura de los Mexicanos.<sup>2</sup>

Entre los insectos acuáticos se halla el *atetepitz*, que es un escarabajo propio de los sitios pantanosos, semejante en el tamaño y en la figura al escarabajo volátil. Tiene cuatro piés y está cubierto de una costra dura. El *atopinán* es también pantanoso, de un color oscuro, de seis dedos de largo y dos de ancho. El *ahuithuitla* es un gusano del lago mexicano, que tiene cuatro dedos de

hicieron caso de ella, hasta que los instruyeron los españoles. Pero ¿qué les enseñaron éstos? ¿á criar el insecto? ¿cómo podían enseñar lo que ignoraban, especialmente cuando creían que era un grano lo que es un animal? ¿Les enseñaron quizás su uso para los tintes? Pero si los indios no lo conocían ¿para qué se daban el trabajo de criar la cochinilla? ¿Por qué estaban obligados Huagiacac, Coyolapan y otros pueblos, á pagar anualmente veinte sacos de cochinilla al rey de México, como consta en la matrícula de los tributos? ¿Cómo puede creerse que ignorasen el uso de la cochinilla aquellas naciones tan aficionadas á la pintura, y que no supiesen emplear su color, sabiendo servirse del añil, del achiote y de muchas piedras y tierras minerales?

<sup>1</sup> La cantidad que viene todos los años de la Mixteca á España, pasa de dos mil y quinientos sacos, como testifican algunos autores. El comercio que de ella hace la ciudad de Oaxaca, importa anualmente doscientos mil pesos. Mr. de Bomare dice, que á una cierta especie de cochinilla se da el nombre de *cochinilla mesteca*, porque se cria en Meteque, provincia de Honduras; mas este es un error. Llámase *Mixteca*, porque viene de la provincia de este nombre, la cual dista más de Honduras, que Roma de París.

<sup>2</sup> D. Antonio Ulloa dice que el *nopal* en que se cria la cochinilla, no tiene espinas; mas no es así, pues siempre la ví en árboles espinosos durante mi permanencia de cinco años en la Mixteca. Mr. de Raynal cree que el color de la cochinilla se debe á la tuna ó higo de que se alimenta; mas este autor ha estado mal informado. La cochinilla no come el fruto sino la hoja que es verde; y el nopal de que se trata no da higos rojos, sino blancos. Es verdad que puede criarse en la de higos rojos; pero no es esta su planta original.

largo y es del grueso de una pluma de ánade, leonado en la parte superior y blanco en la inferior. Pica con la cola, que es dura y venenosa. El *oculistac* es un gusano negro de las tierras húmedas; pero cuando se tuesta se pone blanco. Los antiguos Mexicanos comían de todos estos insectos.

Dejando ya estos reptiles, cuyos nombres solos compondrían una larga lista, terminaré esta enumeración con una especie de zoófitos, ó plantas-animales, que ví por los años de 1751 en una casa de campo, distante diez millas hácia el Sudeste de la Puebla de los Angeles. Eran de tres ó cuatro dedos de largo: tenían cuatro piés sutilísimos, y estaban armados de dos cuernecillos; pero su cuerpo no era otra cosa que los nervios de una hoja, de la misma figura, tamaño y color que las otras de los árboles en que estos insectos se crían. Hace mención de ellos el Dr. Hernandez, con el nombre de *cuauhmeatl*, y Gemelli describe otra producción de esta especie, que se halla en las cercanías de Manila.<sup>1</sup>

De lo poco que hemos dicho acerca de la historia natural de aquellos países, se podrá conocer la diferencia que hay entre las tierras calientes, las frias y las templadas, de que se componen las vastas regiones de Anáhuac. En las calientes es más pródiga la naturaleza; en las frias y en las templadas más benigna. En aquellas, los montes son más fecundos de minerales y de fuentes; las llanuras más amenas, más frondosos los bosques. Allí se encuentran las plantas más útiles á la vida; los árboles más gruesos, las maderas más preciosas, las flores más bellas, las frutas más exquisitas, las resinas más aromáticas. Allí son más variadas y más numerosas las especies de los animales; sus individuos más hermosos y corpulentos; las aves más brillantes en su plumaje y más suaves en su canto; pero todas estas ventajas están contrapesadas por otros tantos inconvenientes, pues en estos países están las fieras más terribles, los reptiles más ponzoñosos, los insectos más perjudiciales. La tierra no sufre los síntomas funestos del invierno, ni el aire las enfadosas vicisitudes de las estaciones. En la tierra domina una perpétua primavera; en la atmósfera un verano continuo, al que se acostumbran fácilmente los habitantes; pero el incesante sudor de sus cuerpos, y la abundancia de frutos gustosos, que en todos tiempos les prodiga aquella tierra deliciosa, los exponen á muchas enfermedades desconocidas en otras regiones. Las tierras frias no son tan fecundas ni tan bellas; pero son más sanas y sus animales ménos perniciosos al hombre. En los países templados (á lo ménos en muchos de ellos, como en los del valle mexicano), se gozan las ventajas de los países frios, sin sus incomodidades, y las delicias de los calientes sin sus molestias. Las enfermedades más comunes de las tierras cálidas son las fiebres intermitentes, el espasmo, la tisis; y en el puerto de Veracruz, de pocos años á esta parte, el vómito negro.<sup>3</sup> En otras partes, los catarros, las fluxiones, la pleuresía y las fiebres agudas, y en la capital la diarrea. Además de estas enfermedades ordinarias, suelen sentirse extraordinariamente ciertas

<sup>1</sup> Sé que los naturalistas modernos no dan comunmente el nombre de zoófitos, sino á ciertos cuerpos marinos, que teniendo la apariencia de vegetales, son en su naturaleza animales. Sin embargo, yo doy aquel nombre á estos insectos terrestres, porque les conviene, con tanta, y aun con mayor propiedad que á los marinos. Me parece haber expuesto en mi física, con la mayor verosimilitud posible, el mecanismo de la naturaleza en la generación de estos insectos.

<sup>2</sup> Es cierto que las tierras calientes no dan trigo ni algunas frutas de Europa, como manzanas, albréchigos, peras y otras; pero ¿qué es la falta de estos pocos vegetales, comparada con la indecible abundancia y variedad de plantas fructíferas y medicinales que se hallan en aquellos países?

<sup>3</sup> Ulloa y otros historiadores de América no describen el espasmo ni el vómito negro. Esta enfermedad no era conocida allí antes de 1725.

epidemias, que parecen periódicas, aunque su período no es fijo ni regular, como las que se experimentaron en los años de 1545, 1756, y en otros tiempos en 1736 y 1762. La viruela llevada allí por los conquistadores españoles, no se ve en aquellos países tan frecuentemente como en Europa, sino de cierto en cierto número de años, y entónces ataca á todos los que ántes no la han tenido, haciendo de una vez los mismos estragos, que en Europa hace sucesivamente.

#### CARACTER DE LOS MEXICANOS Y DE LAS OTRAS NACIONES DE ANAHUAC.

Las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac, ántes de los españoles, aunque diferentes en idioma y en algunas costumbres, no lo eran en el carácter. Los Mexicanos tenían las mismas cualidades físicas y morales, la misma índole y las mismas inclinaciones que los Acolhuis, los Tepanecas, los Tlaxcaltecas y los otros pueblos, sin otra diferencia que la que procede de la educacion; de modo que lo que vamos á decir de los unos, debe igualmente entenderse de los otros. Algunos autores antiguos y modernos han procurado hacer su retrato moral; pero entre todos ellos no he encontrado uno solo que lo haya desempeñado con exactitud y fidelidad. Las pasiones y las preocupaciones de unos, y la ignorancia y la falta de reflexion de otros, les han hecho emplear colores muy diferentes de los naturales. Lo que voy á decir, se funda en un estudio serio y prolijo de la historia de aquellas naciones, en un trato íntimo de muchos años con ellas, y en las más atentas observaciones acerca de su actual condicion, hechas por mí y por otras personas imparciales. No hay motivo alguno que pueda inclinarme en favor ó en contra de aquellas gentes. Ni las relaciones de compatriota me inducirían á lisonjearlos, ni el amor á la nacion á que pertenezco, ni el celo por el honor de sus individuos, son capaces de empeñarme en denigrarlos: así que, diré clara y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido.

Los Mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan más bien por exceso que por defecto, y sus miembros son de una justa proporcion; buena carnadura, frente estrecha, ojos negros; dientes iguales, firmes, blancos y limpios; cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos; barba escasa, y por lo comun poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nacion en la tierra en que sean más raros que en la mexicana los individuos disformes. Es más difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto entre mil Mexicanos, que entre cien individuos de otra nacion. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba y lo grueso de sus cabellos, están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporcion de sus miembros, que están en justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas, y bastante lindas, dando mayor realce á su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia en sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista, que conservan inalterable hasta la extrema vejez. Su complexion es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades que son frecuentes entre los españoles; pero son las principales víctimas en las enfermedades epidémicas á que de cuando en cuando está sujeto aquel país. En ellos empiezan, y en ellos termi-

nan. Jamás se exhala de la boca de un Mexicano aquella fetidez que suele ocasionar la corrupcion de los humores, ó la indigestion de los alimentos. Son de temperamento flemático; pero poco expuestos á las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Encanecen y se ponen calvos más tarde que los españoles, y no son raros entre ellos los que llegan á la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.

Actualmente y siempre han sido sobrios en el comer; pero es veheméntisima su aficion á los licores fuertes. En otros tiempos, la severidad de las leyes les impedía abandonarse á esta propension; hoy la abundancia de licores y la impunidad de la embriaguez trastornan el sentido á la mitad de la nacion. Esta es una de las causas principales de los estragos que hacen en ellos las enfermedades epidémicas, además de la miseria, en que viven más expuestos á las impresiones malélicas, y con ménos recursos para corregirlas.

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes á las de los otros hijos de Adán, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razon, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron á los Mexicanos, excede en gran manera al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones.<sup>1</sup> Esta comparacion bastaria á destruir semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostenerla la inhumana codicia de algunos malvados.<sup>2</sup> Su ingenio es capaz de todas las ciencias, como la experiencia lo ha demostrado.<sup>3</sup> Entre los pocos Mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nacion empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos, y doctos teólogos.

Hay muchos que conceden á los Mexicanos una gran habilidad para la imitacion; pero les niegan la facultad de inventar: error vulgar que se halla desmentido en la historia antigua de aquella nacion.

Son, como todos los hombres, susceptibles de pasiones; pero éstas no obran en ellos con el mismo ímpetu ni con el mismo furor que en otros pueblos. No se ven comunmente en los Mexicanos aquellos arrebatos de cólera, ni aquel frenesí de amor, tan comunes en otros países.

Son lentos en sus operaciones, y tienen una paciencia increíble en aquellos trabajos que exigen tiempo y prolijidad. Sufren con resignacion los males y las injurias, y son muy agradecidos á los beneficios que reciben, con tal que no tengan nada que temer de la mano bienhechora; pero algunos españoles, incapaces de distinguir la tolerancia de la indolencia, y la desconfianza de la ingrati-

<sup>1</sup> D. Bernardo Aldrete, en su libro sobre *El Origen de la Lengua Española*, quiere hacernos creer que los españoles eran más cultos en la época de la llegada de los fenicios, que los Mexicanos en tiempo de la conquista; pero esta paradoja ha sido suficientemente rebatida por los doctísimos autores de la *Historia Literaria de España*. Es cierto que los españoles de aquellos remotos siglos no eran tan bárbaros como los Chiehimecas, los Californios y otros pueblos salvajes de la América; pero tampoco tenían su gobierno tan bien arreglado, ni tan perfeccionadas sus artes, ni habian hecho, que sepamos, tantos progresos en el conocimiento de la naturaleza, como los Mexicanos al principio del siglo XVI.

<sup>2</sup> Léanse las amargas quejas hechas sobre este asunto por el obispo Garcés en su carta al Papa Paulo III, y por el obispo Las Casas en sus memoriales á los reyes católicos Carlos V y Felipe II, y sobre todo, las leyes humanísimas expedidas por aquellos piadosos monarcas en favor de los indios.

<sup>3</sup> Citaré en las Disertaciones las opiniones de D. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, de D. Juan Zumárraga, primer obispo de México, y de D. Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapa, sobre la capacidad, el ingenio y las otras buenas prendas de los Mexicanos. El testimonio de estos preladados, tan respetables por sus virtudes, su doctrina, y su conocimiento práctico de los indios, vale algo más que el de cualquier historiador.

tud, dicen á modo de proverbio, que los indios no sienten las injurias, ni agradecen los beneficios.<sup>1</sup> La desconfianza habitual en que viven con respecto á todos los que no son de su nacion, los induce muchas veces á la mentira y á la perfidia; por lo cual la buena fé no ha tenido entre ellos toda la estimacion que merece.

Son tambien naturalmente serios, taciturnos y severos; más inclinados á castigar los delitos que á recompensar las buenas acciones.

La generosidad y el desprendimiento de toda mira personal, son atributos principales de su carácter. El oro no tiene para ellos el atractivo que para otras naciones.<sup>2</sup> Dan sin repugnancia lo que adquieren con grandes fatigas. Esta indiferencia por los intereses pecuniarios y el poco afecto con que miran á los que los gobiernan, los hace rehusarse á los trabajos á que los obligan,<sup>3</sup> y hé aquí la exagerada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay en aquel país gente que se afane más, ni cuyas fatigas sean más útiles y necesarias.<sup>4</sup>

El respeto de los hijos á los padres, y el de los jóvenes á los ancianos, son innatos en aquella nacion. Los padres aman mucho á sus hijos; pero el amor de los maridos á las mujeres es menor que el de éstas á aquellos. Es común, si no ya general en los hombres, ser ménos aficionados á sus mujeres propias que á las ajenas.

El valor y la cobardía, en diversos sentidos, ocupan sucesivamente sus ánimos, de tal manera, que es difícil decidir cuál de estas dos cualidades es la que en ellos predomina. Se avanzan intrépidamente á los peligros que preceden de causas naturales; mas basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Esa estúpida indiferencia á la muerte y á la eternidad que algunos autores atribuyen generalmente á los americanos, conviene tan solo á los que por su rudeza y falta de instruccion, no tienen aún idea del juicio divino.

Su particular apego á las prácticas externas de la religion, degenera fácilmente en supersticion, como sucede á todos los hombres ignorantes, en cualquier parte del mundo que hayan nacido; mas su pretendida propension á la idolatría, es una quimera formada en la desarreglada fantasía de algunos necios. El ejemplo de algunos habitantes de los montes no basta para infamar á una nacion entera.<sup>5</sup>

Finalmente, en el carácter de los Mexicanos, como en el de cualquier otra nacion, hay elementos buenos y malos; mas éstos podrian fácilmente corregirse con la educacion, como lo ha hecho ver la experiencia.<sup>6</sup> Difícil es hallar una

<sup>1</sup> La experiencia me ha hecho conocer cuán reconocidos son los Mexicanos á los beneficios que se les hacen, con tal que estén seguros de la benevolencia y de la sinceridad del bienhechor. Su agradecimiento se ha manifestado muchas veces de un modo público y estrepitoso, que hace ver la falsedad de aquel proverbio.

<sup>2</sup> No hablamos de aquellos Mexicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han infestado con el vicio de la avaricia; pero aun éstos no lo son tanto como los que los inficionaron.

<sup>3</sup> Lo que decimos acerca de la pereza, no comprende á las naciones salvajes que habitan otros países del Nuevo-Mundo.

<sup>4</sup> En las Disertaciones hablaré de las faenas en que se emplean los Mexicanos. El obispo Palafox decia que cuando lleguen á faltar indios, no habrá América para los españoles.

<sup>5</sup> Los pocos ejemplos de idolatría que pueden presentarse, son en cierto modo excusables; pues no hay que extrañar que unos hombres toscos y destituidos de instruccion, confundan la idolatría de algunos simulacros groseros de piedra y madera, con el culto que se debe á las imágenes sagradas. Pero ¡cuántas veces no se habrá dado, por efecto de una prevencion contraria á aquellas gentes, el nombre de ídolo á la imagen mal ejecutada de algun santo! En el año de 1754 observé ciertas imágenes que se creian ídolos, y eran, en mi sentir, figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor.

<sup>6</sup> Para conocer cuánto puede la educacion en los Mexicanos, basta saber la admirable vida que llevan las Mexicanas del colegio de Guadalupe en la capital, en los conventos de capuchinas de aquella ciudad y de Valladolid de Michuacan.

juventud más dócil á la instruccion que la de aquellos países; ni se ha visto mayor sumision que la de sus antepasados á la luz del Evangelio.

Por lo demás, no puede negarse que los Mexicanos modernos se diferencian bajo muchos aspectos de los antiguos; como es indudable que los griegos modernos no se parecen á los que florecieron en tiempo de Platon y de Pericles. En los ánimos de los antiguos indios habia más fuego, y hacian más impresion as ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos que los modernos; pero mucho más supersticiosos y excesivamente crueles.

